

LUIS RICARDO FURLAN

ACERCAMIENTO DEL POETA

Tener pájaro vivo para el canto
en el silencio abierto de la mano
y la raíz del árbol comarcano
en la tierra sin lágrimas del llanto.

Estar en los confines del encanto
desencantado por milagro humano
y aún modelar, cual hábil artesano,
en la tarde la estrella y el espanto.

Ser agua de canción y de trasiego
contemplando en el linde solariego
la nostalgia, ceñida como un nudo.

Y regresar al alba, desatado,
con el tiempo de espera trajinado
y alegre el corazón, pero desnudo.

DESTIERRO DEL POETA

Inclinaba el poeta la cabeza,
ligeramente, hacia el confín izquierdo,
acaso oyendo el corazón, más cuerdo
que el mundo. Le cabían la tristeza

y la alegría en una sola pieza
de su engranaje. Como de un recuerdo
a otro acudía, con el canto lerdo
de quien apenas la memoria empieza.

Lo cruzaban adustas diagonales,
paneles de alquitrán, fugas en ruinas,
palomares con ritos y señales.

Con su sayal de sirgo iba desnudo,
inútil de hojas, rumbo a las vecinas
catedrales de sal, paciente y viudo

ALEGRÍA POR EL SOL

Vienes, oh sol, montado sobre el día
como un centauro de aborigen saña
en su noble alazán. Luces tu hazaña.
Enarbolas tu lanza de alegría.

Cruje la torva sombra en la agonía
de la última estrella y la legaña
del párpado del ángel. Ya se baña
en la cuajada azul tu epifanía.

Vienes, tizón del cosmos, unifuego,
a crepitar el cobertizo humano
dándole arrobo, resplandor y espliego.

Bendito entre nosotros, los mortales,
porque alumbras, padrillo del verano,
pequeñas vidas, mansas y frugales.

COMPAÑERA

Tú, la del nombre claro, la esperada,
canto vital y brújula y camino,
iluminado aliento de la llama,
albo crecer en júbilo de lirios.

¿En qué día naciste con el ángel
por desatar tus manos y tu grito?

¿En qué cielo de amor cundió el milagro

de la estrella y el sueño prometido?

Milagro de mirarte la mirada
y ver la altura de tu gesto limpio.
Y renacer en árbol o en calandria
junto a un muro de luna casi antiguo.

Sé que te dije sólo compañera
como se dice pan, aire o amigo.
(Y me anudé tu sangre en el costado
para escuchar las voces de tu ciclo).

Tú, cigarra cantándome en el hueco
de mi creyente corazón cautivo.